

A media tarde se había desatado un fuerte viento de tramontana que repentinamente transformó el mar en una mancha blanca y barrió las calles con furia sin dejar en ellas mota ni grano de arena.

Al anoecer, las piedras del suelo, descarnadas, bruñidas por el roce del vendaval, relucían como cráneos en la penumbra violácea, y en lo alto todo era un silbido ensordecedor.

La Maria Gallinera, viendo que la puerta oscilaba como una llama con el manifiesto riesgo de hacerse astillas, fue a asegurarla con la barra transversal y le dijo preocupada a su esposo:

—Hazme caso, Jepet. Hagamos la cena enseguida y vayámonos a la cama. Con este temporal uno no puede hacer nada más que gastar luz y acatarrarse.

Jepet, como siempre, halló muy acertado lo que Maria decía y, también como siempre que estaba en casa a esas horas, fue a encenderle el fuego.

Haciendo honor a los nombres bíblicos que llevaban, vivían como José y María. Él era palero y el impermeable que colgaba detrás de la puerta le había servido de segunda piel durante más de treinta años.

Tenía la cara y las manos acartonadas y llenas de grietas y relieves, como las rocas; sus facciones curtidas, toscas y yermas de expresión, parecían moldeadas, no algo vivo, y sus dedos cortos y

rechonchos siempre conservaban la misma posición; nunca se desplegaban del todo, porque habían perdido la costumbre de hacer cualquier gesto que no fuera el que requería la tarea de dar y recibir los palos.

Maria era una mujer gorda, con quietas y rellenas blanduras de cojín. Nunca había soportado el cilicio del corsé y su cuerpo, ampliamente espaciado, denunciaba alto y claro el carácter cómodo de su dueña. Pero pese a su carácter y a la molicie de espíritu que su expansión carnal parecía contener, Maria era una mujer vivaz, limpia y trabajadora.

En los primeros tiempos de casada con Jepet, incapaz de resignarse a soportar mansamente las horas de soledad y el regalado ocio propios de la esposa de un marinero, se había buscado un oficio que llenara sus ratos libres y aportara dinerillos.

A la sazón, Jepet hacía viajes en una barca de cabotaje y pasaba muchos días fuera de casa, a veces, varias semanas. Maria, todas las mañanas, en cuanto los pescadores volvían del mar, transportaba las piezas a los tendedores con la mula y el carro que habían comprado de ocasión, pero como eso aún le sabía a poco, cuando las ausencias de su marido la liberaban de los quehaceres de la casa, aprovechaba para recorrer las masías dispersas de la zona y abastecerse de huevos y gallinas que luego revendía, de costumbre con gran beneficio, en los mercados de Girona.

Sólidamente repanchigada en el travesaño del carro, sosteniendo las riendas solo *pro formula*, pues la mulita era honrada y nada caprichosa, chino chano, hacía su recorrido, de acá para allá, con aire de gran placidez por fuera, pero por dentro llena de actividad y alegres cábalas.

Despierta y observadora por naturaleza, llevaba la cuenta de las payesas a quienes sus maridos apretaban el cinturón, de las que las pasaban moradas para comprarle un pañuelo o un delantal nuevo a una hija casadera, de las que se derretían por el chocolate u otros dulces y, traficante como era, apenas conocía las flaquezas

de sus clientes, sabía explotarlas con habilidad y provecho. En la bolsa del carro siempre traía las almendras tostadas que podían tentar a aquella, el ovillo de hilo y las agujas que le harían falta a la otra —quien, por demasiado ocupada, no podía ir a la ciudad con frecuencia—, los rizadores para la presumida, unas pesetillas de anticipo para la endeudada o insolvente, las hierbas raras para la enferma... y francota y discreta a la vez, proponía o hacía que le propusieran trueques que, cómo no, siempre eran ventajosos para ella. Y si las payesas —que con tal de que no tuvieran noticia de ello ni sus maridos ni sus vecinas, le entregaban la mercancía a cualquier precio— respiraban aliviadas cuando veían a la Gallinera acercarse al paso, esta, en cuanto columbraba que le salían al encuentro para entrevistarse con ella a solas, sonreía satisfecha, segura de no haber hecho el viaje en balde. Y por si ese trajín no fuera suficiente, aún encontraba ratos libres para ir a lavar ropa en algunas casas señoriales de la ciudad, y llevar la de ella tan cuidada y remendada que daba gozo.

De modo que no es de extrañar que marido y mujer tardaran muy pocos años en tener ahorrada una buena suma. Pasaron de pagar alquiler a ser propietarios de una casa pequeña y blanquita como una cáscara de huevo; de llevar una viña a cambio de producto a hacerse con ella; el notario les colocó a interés media docena de cien duros y cambiaron otros setecientos u ochocientos para invertirlos en valores del Estado, de los que cada tres meses recortaban unos pedacitos, que el secretario —su hombre de confianza— llevaba a Girona para devolvérselos convertidos en pesetas de ley.

Cuando se vieron cubiertos para la vejez, Jepet, que ya empezaba a sentirse quebrantado por la vida de mar, dejó de hacer viajes y ejerció de palero, y Maria, no pudiendo abandonar a su marido, renunció al negocio de las gallinas y se limitó a transportar las piezas y lavar más ropa que antes. Y así, dado que llevaban una vida ordenada, amena y sin quebraderos de cabeza, habrían podido

considerarse del todo felices de no haber sido por el «pero» que no puede faltar en los acontecimientos de esta vida terrenal e introduce en ella, hasta en la de los más elegidos, su gotita de hiel. Para los Gallinera, esa gotita de hiel había sido no tener ni sombra de un hijo.

Cuando estaban en la flor de la juventud, ocupados el uno y el otro en ganar dinero y teniendo con qué desfogar su expansiva vitalidad, no le habían concedido demasiada importancia a esa anomalía; pero cuando hubieron amasado una pequeña fortuna, la esterilidad se irguió ante ellos como una muralla que les impedía sentir el infinito más allá de lo que el hombre anhela para resarcirse de la poquedad a la que le ha condenado la comedia naturaleza.

—¡Ay, Dios santo! —exclamó un día Maria con tristeza mientras contaban las ganancias al regreso de un viaje de Jepet—. ¿De qué sirve deslomarnos tanto si no sabemos para quién trabajamos?

Y de allí en adelante pensaron en el hijo que no había venido, ni vendría, y lo extrañaron.

Jepet no fue más allá; era un hombre de escasa imaginación, que se tomaba las cosas sin cuestionarlas, sin acertar a dilucidar su razón fundamental; pero Maria, acostumbrada a reflexionar, reflexionaba. Sintiendo joven, fuerte, sana y entera, y no conociendo en ella ni en los suyos tara ni mácula, se declaró *in mente* libre de culpa y, sin darse cuenta, convino íntimamente, para sus adentros, que aquello era cosa de su esposo. «¡Por Dios! Los hombres son cajas cerradas. ¿Qué sabe de ellos una mujer de su casa cuando los acepta para toda la vida? Nada; ¡ahí lo tienes! ¡Y luego resulta lo que resulta!». Había oído de todo en sus constantes idas y venidas; «pero son cruces que nadie se busca; caen del cielo y le tocan a quien le tocan; y si te pillan a ti, no tienes más remedio que cargarlas y cargar... porque para algo sirve la prudencia en este mundo».

Y Maria cargó su cruz como una contribución que Dios le imponía por la salud y la prosperidad que le había concedido y no dio queja de ella a nadie; pero de allí en adelante, sin que lo hiciera adrede, asumió con su marido un tono de autoridad tierna y previsor,

como si tuviera en él a un niño grande e irresponsable, un hijo men-
guadito que requería una protección y un amor mayores, porque no
era exactamente como el resto. Y la vida íntima del matrimonio se
desarrolló dentro de esa tónica particular. Cuando la gente lo obser-
vaba sonriendo, él decía, utilizando la expresión habitual, que Maria
«llevaba los pantalones», pero nunca adivinó el calor humano, la
generosa piedad que había engendrado ese proceder de su esposa.

En contadas ocasiones, como soplo de viento que huye por un
respiradero, aquel pesar maternal fallido le subía a Maria del cora-
zón a los labios de la siguiente manera, que no guardaba relación
alguna con lo dicho previamente:

—Si lo llego a saber, me hubiera quedado con aquel niño que
llevé al hospicio...

—¡Desde luego! ¡Pero quién iba a decirlo! —respondía Jepet
con naturalidad, muy dócil, sin sospechar lo que a su esposa le iba
por dentro.

Y así pasaron muchos años, hasta que llegó la velada del fuer-
te viento de tramontana.

Hicieron lo que habían dicho. Cocinaron la cena en un san-
tiamén, se la comieron en buen amor y compañía, de postre dije-
ron un padrenuestro por el alma de los muertos y ya se disponían
a recoger la mesa cuando oyeron una tos jadeante, justo del otro
lado de la puerta de la calle, seguida de inmediato por dos fuertes
golpes en la misma.

Marido y mujer se sobresaltaron y se miraron pasmados.

—¿Qué será eso? —se preguntaron mudamente sus pupilas
detenidas.

Pero como, en vista del silencio, sonaron dos golpes más, Ma-
ria se levantó decidida y se acercó a la puerta.

—¿Quién llama? —dijo con voz firme, un poco seca, como si
esa intempestiva visita le resultara un tanto ofensiva.

—Abran, por favor, buena gente... —repuso otra voz, joven y
alegre, entre dos accesos de tos.

—¿Quién es? —repitió Maria ceñuda.

—No me han visto nunca, pero vengo de parte de alguien que conocen... Si tienen miedo me iré, porque aquí no se puede estar... —replicó la voz con impaciencia.

Maria miró a su marido boquiabierto a la cabecera de la mesa.

—¿Qué hacemos?

Jepet no estaba acostumbrado a resolver conflictos.

—No sé... Tú misma...

Maria se decidió de repente.

—Abro y veremos... ¡Veremos qué demonios...!

Y sin terminar la frase, quitó la barra; pero antes de que abriera la puerta, esta lo hizo por sí sola, de par en par y con violencia, y algo helado y oscuro a más no poder se abalanzó sobre Maria cegándola y haciendo que se tambaleara y perdiera el tino. Era que la tramontana, abriéndose paso de un empujón, con un arremolinado zarpazo le había levantado desvergonzadamente la falda cubriéndole el cuerpo y la cara. Cuando la mujer pudo desembarazarse de ella y recobrar la vista, para su gran sorpresa vio frente a sus narices a un hombre embozado en una capa, que traía un sombrero blando calado hasta las orejas y sujetaba la puerta, de nuevo cerrada, con el brazo extendido.

—¡Ay, disculpe! —murmuró Maria muy confusa.

Cayó un canto de capa y apareció una boca sonriente bajo un bigote oscuro en un rostro pálido.

—¡Ya les digo que hace un tiempo divertido para andar por ahí! —dijo la voz alegre—. ¡Si lo llego a saber, no vengo hoy!

Y cuando Maria hubo recolocado la barra, el otro canto de capa cayó, el sombrero fue echado hacia atrás y el hombre quedó al descubierto.

A la poca luz del candil, marido y mujer vieron a un joven alto y escuálido, de rostro atractivo y aire desenvuelto, que los miraba con un esbozo de sonrisa.

En efecto, no lo habían visto nunca.

Maria le dijo con cortesía:

—Disculpe, señor... ¿No se habrá equivocado? Porque nosotros...

—¿No se llama usted Maria Celles y la llaman la Maria Gallinera? —preguntó el extranjero a su vez.

—Servidora, mientras Dios quiera...

—En ese caso, vengo por usted. —Y el jovenzuelo se echó a reír exhibiendo dos hileras de dientes blancos y parejos—. Vengo a darle un abrazo...

Maria retrocedió, un paso un tanto azorada, y Jepet avanzó uno hacia el extranjero. Este se rio aún más, tosiendo.

—... O mejor dicho, a devolverle el que usted me daría hace años...

Se quitó la capa del todo y fue a depositarla en una silla.

Marido y mujer estaban hechos un manojo de nervios. Cuando el extranjero se acercó de nuevo, ambos sintieron un temblor en las piernas.

Él lo percibió.

—No se asusten... ¿Acaso no es justo que quiera conocer a mi madrina? —Y para acabar de tranquilizarlos añadió—: Soy Nonat Ventura...

El pasmo del matrimonio no tuvo límite.

—¿Madrina, dice? Ventura... ¿Qué?

El extranjero, con la misma desenvoltura que si estuviera en su propia casa, les tomó una mano a cada uno y los acompañó a la mesa.

—Siéntense. Señora, veo que me ha olvidado; pero le refrescaré la memoria y sabrá que no le miento.

Y agarrando una silla, se sentó tranquilamente junto a ellos.

Maria lo miró bien. Era un hombre de rostro bello y aspecto muy agradable, que seguía teniendo un esbozo de sonrisa en la boca bien dibujada, pero cuya mirada, en unos ojos claros y oscuros

de un color azul verdoso idéntico al del porrón que había sobre la mesa, resultaba un tanto penetrante, un tanto dura.

—Sí; usted es mi madrina. Hace veintidós años que, si mi documentación no miente, llevó a un niño abandonado a la iglesia de este pueblo para bautizarlo con el nombre de Ramon Nonat Ventura; después...

Pero Maria se había levantado y una alegre sorpresa le expandía toda la cara.

—¿Cómo? ¿Tú eres el niño que...?

—Yo mismo —dijo el extranjero sin dejar de sonreír.

—¡Caramba! ¡Qué regocijo! —exclamó Maria, de pronto picada por una espinita de desconfianza.

—El niño que luego llevó al hospicio y que llevaba un cordoncito azul en torno al cuello, una medalla de Montserrat en el pecho y la fe de bautismo en el pliegue de la faja...

—¡Por Dios! ¡Esto parece salido de una fábula!

Y luego, movida por un recóndito temor, clavó sus inquisitivos ojos en el extranjero y paseó la mirada por su cara fresca y grácil, sus maneras señoriales, su traje nuevo y pulcro, sus zapatos lustrosos, resplandecientes pese a la escasez de luz...

Como un instante antes, el extranjero le leyó el pensamiento y repuso, esta vez con gran seriedad:

—Porque no le parezco un hospiciano, ¿verdad? Es que ya no estoy en el hospicio.

Maria se recompuso.

—Ese niño tenía una marca... —insinuó.

—¿Cuál? —interrumpió el extranjero con presteza.

—Una cruz...

—En el pecho. Mire.

Y desabrochándose rápidamente chaleco y camisa dejó al descubierto la tabla del pecho.

Su piel era blanca, inmaculada, como la de una muchacha; y en medio de esa sedosa blancura resaltaba nítido, pulcramente

dibujado, el tatuaje azulado de dos finas líneas trabadas una con otra.

No cabía duda, y ante aquella inesperada revelación el bondadoso corazón de Maria derramó toda su ternura.

—¡Hijo mío! Sí que eres él. —Y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Quién iba a suponerlo? Cuando te dejé, estaba en vísperas de llevar las últimas gallinas a Girona; solo hice dos o tres viajes más, y todas las veces fui a preguntar por ti... Las monjas me dijeron que te criaban fuera y que estabas bien... Salvo eso, no volví a saber nada más... ¡Y ahora, válgame Dios! Estás hecho un hombre... ¿Cómo iba a pensar...? ¡Y me das una gran alegría, la verdad! —Se reafirmó en la silla—. Cuenta, cuéntamelo todo, criatura, que ya estoy impaciente por saberlo... —Pero de repente la aturulló una idea—. ¿Será que aún no has cenado?

El extranjero no había cenado, pero decía que no tenía hambre... que cenaría después en el hostel.

—¿Cómo que hostel? ¡Solo faltaría! No podré tratarte a cuerpo de rey, y menos en un momento tan poco propicio para ir por ahí comprando provisiones... Pero te resignarás a nuestras pobreza... ¡Nosotros aún, que nos conocemos de toda la vida! No nos vamos con cumplidos. —Y Maria soltó una carcajada de diversión que la sacudió de pies a cabeza mientras el extranjero, sin hacerse de rogar, aceptaba la invitación con absoluta sencillez.

Entonces Maria, diligente y contenta, cortando de cuajo su curiosidad, corrió a la chimenea, avivó las brasas moribundas y en un santiamén hizo una cazuela de sopas con tomillo y un par de huevos con tocino.

El hospiciano, a diferencia de lo que había dicho, lo engulló todo con auténtica hambre, propia de sus veintidós años, y Maria mientras él comía, dejándolo en compañía de su marido, fue a preparar su habitación. No tenía sino una: la matrimonial, y una trasalcoba. Agarró el catre de la trasalcoba y lo llevó al granero; cambió las sábanas de la cama grande, puso una buena toalla y la

jofaina nueva en el trípode de madera, rellenó la benditera y antes de que el extranjero hubiera terminado de comerse los orejones y pelar la camuesa, que junto con el dedito de vino rancio constituían el postre, ya lo tenía todo listo y, sentándose de nuevo, se disponía a escucharle, toda oídos.

Y el expósito contó su historia; una historia compendiada que iba directamente al grano obviando la paja de toda vana retórica; una historia que nosotros, menos apresurados y tal vez algo mejor informados que el propio protagonista, perfilaremos y completaremos para mayor inteligencia de los lectores.

Lo habían amamantado fuera, sí; pero luego lo habían devuelto al hospicio y, entre esas paredes tristes y los compañeros de infortunio que las llenaban, había crecido y vivido durante años. ¡Y menos mal que nunca había visto a nadie más que a ellos! Al fin y al cabo, allí dentro todos eran iguales y no se avergonzaban de verse las caras. Pero cuando los sacaban a pasear en fila, vestidos de manera distinta a los demás, llamando la atención de todo el mundo, aquello era sufrir, ¡aquello sublevaba todas las facultades! Sobre todo cuando llegaban visitas al hospicio y los pequeños expósitos eran mostrados como animalillos extraños, pobres mendigos que recibían la limosna de algunas miradas y palabras de lástima, que en lugar de consolar, dolían por dentro, ofendían, magullaban algo en las entrañas. Ya desde pequeñito, siempre se había rebelado contra esas vergonzosas exhibiciones de su miseria. No quería salir a pasear, se escondía Dios sabe dónde cuando lo llamaban para enseñarlo, lo que a él le sucedía con mayor frecuencia que a los demás, porque era guapito, no tenía achaques y hacía quedar bien a la casa. Por eso recibió los primeros castigos; por eso y por romperse la ropa en cuanto se ponía vieja y fea. Siempre quería una bata nueva, y cuando la de otro era más nueva que la de él, se la arrebatava con maña o a la fuerza, como fuera; y cuando, como es natural, las monjas se percataban del trueque y se la quitaban, ¡les escupía, las mordía, les propinaba coces!

Un día un señor acudió al hospicio y preguntó por un niño de unas características determinadas. Jugaba con los demás en el patio. El señor dijo que no lo llamaran, que quería adivinar quién era. Fue al patio y se puso a mirar a todos los niños, uno por uno, con ansiedad. De repente, se fijó en él, en Nonat y, con los ojos resplandecientes de alegría, gritó:

—¡Es este, es este! ¡Me lo dicta el corazón!

Y antes de que las monjas pudieran contestar, lo agarró del brazo con fuerza, lo atrajo hacia él y empezó a besarlo, a abrazarlo...

Entonces Nonat sintió algo que nunca había sentido. Ese señor olía bien, exhalaba un aroma que él, el niño, no muy capacitado para hacer comparaciones, identificó con un vago olor a fruta madura; y la tela de su levita acarició la cara del huérfano con un roce suavísimo que le hizo estremecerse hasta los tuétanos...

Las monjas, un poco confusas, tocaron el hombro del señor.

—Pero si no es este, si no es este... Es aquel otro...

El señor las miró extrañado. El niño que le indicaban tenía las mejillas chupadas, la mirada bizca y una piernecita más delgada que la otra.

—¡No puede ser! —dijo el señor.

Y estrechó con mayor fuerza a Nonat, como si lo defendiera, como si quisiera evitar que se lo arrebataran; y Nonat, temeroso de ser arrebatado, se le pegó al pecho, se adhirió firmemente a él. El calor pasó de uno a otro, y desde entonces Nonat no podía recordar ese calor sin que se le pusiera la piel de gallina.

Pero las monjas insistieron, cotejaron señas, le dijeron algo al oído, y solo entonces el señor, de pronto abatido, anonadado, aflojó los brazos y dejó resbalar a Nonat para asir, sin mirarlo, al niño de la piernecita delgada y darle un beso frío. Acto seguido, Nonat sintió tal desolación que rompió a llorar furiosamente.

Las monjas, sorprendidas, le preguntaban qué le pasaba, sin que él pudiera decirlo; el señor, como aturdido, se metió una mano